

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 6 DE FEBRERO DE 1910.

NÚM. 110.



## LA VIDA EXTRAORDINARIA DE UN GALLO HABLADOR

CONTINUACIÓN

—Inmensa, señor gallo—afirmó Gerineldo abriendo la boca desmesuradamente.

—Apéame la señoría—rectificó el “señor gallo”;—llámame *Cresta de oro* ó gallo á secas. ¿Y tú, cómo te llamas...?

—Gerineldo, para servirle.

Ayuntamiento de Madrid

—Gracias. Yo puedo proporcionarte un festín si te determinas á seguirme hasta el final del bosque y entrar en la choza de un guarda á recoger unos papeles.

—Ya lo creo que me determino á eso que me dices y á todo cuanto quieras.

—Pues en marcha. Cógeme en brazos, porque estoy rendido del trote que me he dado hasta llegar aquí. Por el camino te contaré mi historia.

Gerineldo hizo lo que le pedía *Cresta de oro*, el cual cumplió lo ofrecido en estos términos:

## II

EL GALLO PORTENTOSO SE DA A CONOCER A GERINELDO, OBLIGÁNDOLE A RECOGER UNOS PAPELES COMPROMETEDORES

No sé en qué gallinero vine al mundo; lo que sí puedo asegurarte es que cuando me enteré del que me servía de domicilio, me decidí á saltar las bardas del corral é irme á correr aventuras.

Era mi primera ama una vieja horrible, una bruja que debía montar todos los sábados en una escoba para asistir á los aquelarres. ¡Qué mujer más mala y asquerosa...! A diario, yo no sé por qué, sin duda para satisfacer sus instintos perversos, me sacudía unos latigazos que me hacían cacarear de dolor y de rabia. A cada latigazo me decía, sin que tampoco sepa la razón de sus denuestos: “¡Toma, odiado príncipe, para que vuelvas á burlarte de pobres y honradas muchachas...! ¡Te he de matar á golpes...! Y no he de descansar hasta que me beba tu sangre...!” Y otras lindezas por el estilo. Oye, Gerineldo, sigue esa veredita y llegaremos antes...

Pues, como te decía, quise correr aventuras, y por mi desdichada suerte, salí de Málaga para entrar en Malagón. Caí en un gallinero en el cual sólo había un par de gallinas que, por lo rancias, debían de ser de las que Noé salvó del diluvio. ¡Qué gallinitas más feas y cargantes...! Pues ¿y el amo...? Este no me encendía el cuerpo á latigazos, ni me llamaba príncipe, ni quería beberse mi sangre, pero, hijo, siempre me veía como ahora tú te ves, muertecito de hambre. Más avaro, diudo yo que haya en el planeta otro como este amo mío que, para no desgastar las cucharas, comía la sopa pegando el hocico al borde de la cazuela.

Yo no sé qué favores le deberá al regidor del pueblo, pero deben ser de gran importancia porque, anoche, á tiempo que se despedían los dos compadres á la puerta del corral, oí decir á mi amo: “Mañana recibiréis, maese Antón, el gallo, que es la alhaja de más valor que poseo” (y lanzó un suspiro como si le arrancasen el alma). “Gracias, maese Gil—gruñó el regidor, mirándome con ojos codiciosos.—¡Es un hermoso regalo para las tripas...! Con arroz, será cosa de chuparse los dedos de gusto.”

Tan lisonjera profecía me hizo el efecto de una puñalada. Como soy algo fantástico, me vi amortajado en una cazuela repleta de arroz. “¡No en mis días!” me dije. Y á lo cazurro, para no despertar sospechas en maese Gil, fuíme á acostar en el palitroque de costumbre; ya cercano el amanecer, salíme del gallinero por la gatera del portón. Quedéme penosamente sorprendido al ver revoltijear en el aire las blancas mariposas de la nieve. “Bonita madrugada, hijo, para correr por el mundo”, pensé. Pero como más quería morir helado que frito, decidí continuar la aventura é internarme en el vecino bosque, que es éste en que ahora nos vemos.

No me había entrado aún en su laberinto, cuando divisé una choza á ras de cuyos umbrales trazábase una línea de luz rojiza como de llama; un gran ruido de voces partía del interior de la rústica vivienda.

“He aquí mi palacio, hasta que se levante el padre sol, si es que con un tiempo tan perro quiere levantarse”, me dije, colándome por la gatera. Gerineldo, apresura el paso, no sea que lleguemos tarde.

En derredor de una mesa, cubierta con los restos de un festín opíparo, había sentados siete enmascarados y un guardabosque. A pesar de los disfraces, advertíase que la gente allí reunida era de elevada alcurnia.

En el momento en que yo metía la cresta en el conciliábulo, juraban los siete, por su honor de caballeros, destronar al imbécil monarca, así dijeron, que tan funestamente rige los destinos de la nación.

Las plumas de mi vestido se erizaron de espanto, y á punto estuve de delatarme gritándoles: ¡Traidores!

Uno de los conjurados leyó una proclama revolucionaria y otro la lista de los que se comprometían á secundar el movimiento subversivo. Leídos ambos papeles, el guarda, habitante en la choza, los recogió, encerrándolos en una arquilla que escondió en un rincón de la chimenea. Los conspiradores, embozándose en sus capas, salieron al bosque, precedidos por el guarda, que llevaba un farol encendido.

Quedéme solo gran rato; picoteé lo que pude en las substanciosas sobras del festín y me dispuse á esperar el nuevo día en el poyo de la chimenea, en la cual se quemaba un hermoso tronco de encina.

Ya entrada la mañana, retornó á sus lares el guardabosque; dejó el farol sobre la mesa, pegó su boca á la de una botella de aguardiente, recogió el hacha y, silbando una canción, volvió á salir de la choza, echando la llave á la puerta.

Salíme por el mismo sitio que había entrado, con el decidido propósito de buscar una persona que tuviese cara de ser honrada para que me auxiliase en la empresa de salvar al rey.

La suerte ha hecho que te encontrase á ti, Gerineldo... Conque, ahora que ya sabes tanto como yo, es preciso que recojas los papeles de los conspiradores.

—¡Y que coma...!—suspiró el vagabundo, que había seguido con gran atención el relato de *Cresta de oro*.

*Continuará.*

# UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

## VI

Calle...! ¡Hoy nos toca hablar de una Reina...! ¿Quieres decirme, Juanito, quién es esta buena señora...? Y á la pobre, la falta la mano derecha; ¿qué habrá sido de ella?



MARÍA LUISA DE SABOYA

—No lo sé, papá.

—Ya me lo supongo, hijo mío...

—Como me lo preguntabas...

—No era una pregunta; era una reflexión... Vamos, dime quién es esta señora...

—Doña María Luisa de Saboya.

—Bien; eso es lo que dice el letrado, pero no te contentes con repetirme su tarjeta... Por cierto que ahí falta un nombre, si no recuerdo mal... Era María Luisa Gabriela de Saboya...

—¡No hubiera cabido!

—Bueno... Vamos á ver quién era.

—María Luisa de Saboya... María Luisa de Saboya...

—Sí, hombre, sí... ¡Que la vas á borrar el nombrecito!

—Pues... ¡no lo sé, papá...!

—¡No lo has de saber...! Es que no te fijas... Precisamente la hemos citado al hablar de su marido... Haz memoria...

—¡Ah, sí...! Fué la primera esposa de Felipe V...

—¡Lo estás viendo...!

—Murió en 1714...

—Sí... ¡Lástima que no ponga

ahí otra cosa, porque, seguramente, ya no sabes más!

—No, papá...

—Pues has de saber que fué una reina muy estimable y que se granjeó el general aprecio, porque, aunque parecía un poco frívola y se dejó dominar al principio, lo mismo que su esposo, por la famosa princesa de los Ursinos—enviada como camarera del rey, su nieto, por Luis XIV de Francia para asegurar su influencia en nuestros destinos,—supo, luego, demostrar cierta energía y estimular el celo de sus

súbditos, cuando quedó al frente del reino al irse á Italia Felipe V...  
¿Te has enterado?

—Sí, sí...

—Ya lo veremos... Te lo volveré á preguntar en casa un día de éstos.

—Vamos al vecino.

—Vamos... Es Alarico... ¿No clama al cielo esta disposición de las estatuas...? Desde el año 1714, tenemos que retroceder nada menos que al 506...

—¡Una friolera!

—No quiero preguntarte por este rey godo, para no llevarme otro desencanto. Ya comprendo que no es posible enseñar en los colegios nuestra historia minuciosamente, pues sería preciso demasiado tiempo para ello. Y es lástima, porque algunas de estas cosas antiguas son interesantes y tienen, además, cierto aroma de poesía y de leyenda muy á propósito para impresionar el espíritu infantil. El reinado de Alarico, por ejemplo. Heredó de su padre Eurico un buen reino, y empezó á perderse en sus manos, no ciertamente porque él fuera un mal rey, sino porque era más dado á las artes de la paz que á las de la guerra, como lo demuestra, entre otras cosas, el llamado *Breviario* de su nombre, donde promulgó las leyes de su pueblo. Pero los francos, celosos del poderío de los godos, arrebataron á Alarico gran parte de sus dominios, comenzando así ambos pueblos á constituir la definitiva situación que en Occidente les estaba señalada por la Historia. Era rey de los francos el famoso Clodoveo, muy valiente y muy cristiano, y cerca de Poitiers se libró la batalla que perdieron los godos y en la cual, según cuentan las crónicas, el mismo Clodoveo derribó con su lanza al pobre Alarico de su caballo.

—¿Y murió Alarico?

—Naturalmente, hombre. La cosa no era para menos.



ALARICO



## LA SENCILLEZ DE LO MARAVILLOSO

### III

**M**ira, Pipá—dijo cierto día Urso á la niña.—Mi padre me ha encargado que me interne en el bosque, y le traiga un puñado de flores que hallaré y que me llamarán la atención por su belleza.

—¿Y para qué quiere tu papá esas flores?

—Dice que son las de la dicha y que las quiere para nosotros.

—¿Y tienes que traer muchas?

—Todas cuantas pueda coger en mis brazos, Pipá.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Iba á proponértelo; puedes ayudarme á coger más...

—¡Qué egoísta eres! No se te ha ocurrido decir que puedo también traer á mi mamá un puñadito de flores de dicha!

—Tienes razón, Pipá, tienes razón. Traeremos también á tu mamá.

—¡Ay, qué gusto!—exclamó Pipá radiante de júbilo.—Vamos pronto. Voy á avisar á mamá y á decirle que nos prepare una buena merienda. ¡Qué contenta se pondrá cuando vea que su hijita la trae la felicidad...! ¿Tardaremos mucho, Urso?

—¿Por qué lo preguntas?

—Para que mamá no esté triste si tardamos.

—No sé; lo único que te puedo decir es que no volveré á casa mientras no traiga un buen puñado de flores de esas, y que me meteré en el bosque todo lo que sea preciso hasta que las encuentre.

.....  
Siguieron nuestros protagonistas campo adelante, risueños y gozosos, como alegres pajarillos, y llegaron al bosque. Iban bastante cansados y se sentaron sobre unas grandes piedras que hallaron para reposar y comer un poco. Luego se internaron en el bosque.

Alrededor de los niños todo era calma y sosiego; sólo los cantos y chirridos de algunos pájaros y alimañas turbaban el imponente silencio de la grandiosa Naturaleza.

Urso y Pipá, sin darse cuenta exacta de ello, iban sintiendo cierto temor; la rubia y blanca niña se agarró fuertemente á la mano de su compañero, que, hambrecido al fin, estaba más animoso.

—¿Tienes miedo, Pipá?

—Sí, Urso, tengo miedo. ¡Si saliesen lobos!

—Te defendería yo; además, no salen lobos, nena.

—¿Pero dónde estarán las flores de la dicha? Yo no las veo.

—Ni yo tampoco. Sigamos adelante.

—¿Más aún?

—Yo mantengo mi promesa. He dicho que cogeré un gran puñado de esas flores y las cogeré, aunque tarde dos días en buscarlas.

—¡Ay, no! Dos días no, porque tendríamos que pasar una noche aquí en el bosque. ¡Qué horror!

—No temas; si tenemos que pasar una noche, yo te formaré una camita bien mullida con hojas y te velaré el sueño para que ninguno de los animales de los bosques te acometa.

—Gracias, Urso; pero prefiero que nos vayamos.

—¿No tienes deseos de ver esas flores azules con simientes de brillantes?

—¡Ya lo creo! Pero tengo más deseos de ver á mi mamá y darla un beso.

—Lo siento, Pipá; los hombres no podemos volvernos atrás de las palabras que damos.

—Pero tú eres un chico, no eres un hombre.

—Los chicos son hombres pequeños; pero desde pequeños tienen que ser hombres. Suceda lo que suceda, yo no vuelvo á casa sin el puñado de dichas que prometí á mi padre.

—¿Por qué habré venido contigo, Urso? Ahora me pesa...

—¡Animo, Pipá! ¡Hay que ser valientes! No deben andar muy lejos las azules florecillas.

—¡Mira, Urso, mira! ¡Allí, con los rayos del sol, parece que veo brillar muchas cosas pequeñitas!

—¡Es verdad! ¡Corramos!

—¡Corramos! ¡Ay! ¡Ay!

La exclamación de la dulce niña fué producida por el instantáneo brillar de un relámpago, al que siguió un formidable trueno.

M.<sup>a</sup> ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





CUADROS INFANTILES. EL PERRITO ENFERMO

Ayuntamiento de Madrid



Este planeta ha tenido una reputación bastante mala entre los pueblos de la antigüedad, que lo acusaban de ejercer un influjo nefasto sobre hombres y cosas. Los árabes le llamaban *la gran fatalidad*, y los griegos y romanos tenían pésima opinión de él. Nada ha perturbado, sin embargo, el curso de Saturno á través de los espacios, acompañado de sus ocho satélites y adornado de los tres anillos luminosos que le rodean.

Este planeta es el sexto en el orden de la distancia con relación al sol, del cual lo separan 364 millones de leguas, estando, por tanto, diez veces más lejos de él que la tierra.

Es 730 veces más grande que ésta y, sin embargo, gira sobre su eje con mayor velocidad que nuestro planeta: en unas diez horas.

Saturno presenta en su superficie unas bandas luminosas que contrastan con otras sombrías, todas ellas paralelas á su línea ecuatorial y cuya causa no se ha podido determinar exactamente.

Como antes queda dicho, este planeta está rodeado por un anillo delgado, plano, despegado de aquél (del que está separado unas 8.000 leguas) y que coincide con su círculo ecuatorial.

Galileo fué el primero que vió el tal anillo, es decir, lo que vió fué algo que brillaba á cada uno de los lados del planeta.

Más de cuarenta años después de esa observación tardó en dilucidarse qué cosa era la que brillaba alrededor de Saturno y que le hacía aparecer como una bomba con dos asas.

Hasta 1659 no se le ocurrió á Huygens seguir sobre el disco del planeta la continuación muy marcada de una de las ramas del anillo, por donde vino en conocimiento de la forma de éste.

El cual anillo está realmente formado por tres distintos, cuyo espesor total es de unas diez leguas, y su anchura de 12.000. Es opaco, puesto que proyecta su sombra sobre el planeta y el planeta hace sombra en aquél. Cada uno de los anillos están separados por intervalos oscuros y todos ellos giran alrededor de su centro común en unas diez horas y media.

Por fuera del anillo de Saturno se mueven ocho lunas, estando la más próxima á unas 12.000 leguas del anillo exterior, y la más lejana á 922.000 del centro del planeta.

Estas lunas giran alrededor de Saturno y tardan más ó menos tiempo en hacer su revolución, según lo distantes que de él están; la más próxima emplea veintidós horas, y la más lejana, setenta y nueve días.

JUAN ANTON.



RELATOS DE CAZA

## LA BENDICION DE DIOS

Hace ya más de un siglo que un cazador de Sierra Morena, llamado Matías y apodado el *Candiles*, salió una mañana muy temprano de su pueblo, que todavía dormía á la sombra y amparo de la mencionada sierra, y se internó entre jarales y espesuras seguido de su perro y, dispuesto á matar con su vieja escopeta cuantos bichos se le pusieran por delante. Pues cuentan bocas desdentadas y caducas con sibilante misterio que, un poco entrado en la sierra y un no mucho apartado del pueblo—que todo es lo mismo,—topó el tío *Candiles* con una fuente que todavía existe y vió sentado junto á ella á un viejo que en su abatimiento y en lo roído y manchado de sus andrajos á cien leguas mostraba ser un desventurado mendigo. Al ver al cazador se incorporó y, sosteniéndose con ayuda de un torcido cayado, se acercó á él pidiéndole por amor de Dios una limosna. El tío *Candiles*, sintiéndose apiadado del infeliz, le contestó cariñosamente:

—Soy poco más rico que tú, pues hoy mismo no hay en mi casa qué comer mientras no lo dé el monte; pero espérame aquí, y la mitad de lo que cace será para ti, más unos ochavos con que en cualquier parte te lo guisen...

Se internó otra vez en la espesura, rodeó peñas, vadeó murmuradores arroyos, salvó barrancos y no dejó jaral sin sacudir; pero todo

fué en vano. El mismo perro caminaba de matojo en matojo sin entusiasmo y como aburrido. Al fin pudo matar una liebre y, con ella en el morral, tornó á la fuente, donde el mendigo le aguardaba disfrutando de lo que todos, aun los más pobres, pueden disfrutar: de las caricias del sol...

—Hermano—le dijo el cazador,—solamente traigo una liebre, lo cual dificulta la partición. Vente, pues, á mi casa y comerás de nuestra bazofia en santa paz y compañía con mi familia...

Hízolo así el mendigo y fué recibido con mucho amor por la mujer y los hijos del tío *Candiles*. Guisóse la liebre y comiéronla todos rociándola con sendos vasos de buen vino y, terminado el yantar, levantóse el pobre... Perdióse el encorvamiento de su espalda y se irguió, su rostro se rejuveneció, sus andrajos fueron substituídos por un lujoso traje entre militar y cortesano y á su frente se ciñó una brillante diadema hecha de luz sobrenatural. Con voz dulcísima habló así á la pasmada familia:

—¡ Soy San Huberto...! Como mísero mendigo me presenté á vosotros y me acogisteis con dilección. Sea, pues, con vosotros, en justo pago, la bendición de Dios...

Y desapareció entre célicas armonías y nubes aromáticas... Desde aquel día el tío *Candiles* fué el cazador más afortunado de toda la sierra, y su casa, por múltiples circunstancias, se levantó, entre las de sus convecinos, dichosa y en salud, como el pino entre las retamas... ¡ Loado sea Dios que premia el bien...!

JOSE A. LUENGO.



Ayuntamiento de Madrid



## LAS BARBAS DEL VECINO

(CONCLUSIÓN)

- Colás tenga sus brazos fuertes, como siempre los tuvo, y pueda ir al campo, no tiene que apurarse por nada." Parece que Dios me ha castigado.
- BLAS. Pero usted tenía unas tierras.  
COL. ¡Ya lo creo que las tenía, y me las trabajaba yo y no necesitaba á nadie! Pero vino la enfermedad y tuve que ir-las vendiendo, y cuando salí del peligro, me encontré con que tenía que trabajar á jornal. "¡Trabajaré, me dije, qué le vamos á hacer!" ¡Pero, ay, hijos míos; no sirve querer! Me encontré sin fuerzas, y claro, un hombre inútil no sirve para las faenas del campo, y nadie me empleaba. Me dediqué á vender, y ahora que ni ven er puedo, tendré que pedir una limosna.
- ROSA. ¡Ay, qué pena, tío Colás! Nos pilla usted sin un céntimo.
- LUC. Acabamos de dar lo que teníamos á la tía *Cotilla*.
- COL. ¿Y para qué le dais á esa pícara que no lo necesita tanto como yo?
- BLAS. Porque nos hace la forzosa  
COL. ¿Cómo la forzosa?
- ROSA. Usted es bueno y no se lo contará á nadie. Habíamos faltado al colegio y nos habíamos escapado para ir al colmenar del padre de Blasillo.
- COL. ¡Mal hecho!  
LUC. Sí, tiene usted razón.  
COL. ¡Muy retomal hecho!  
BLAS. La tía *Cotilla* nos sorprendió, y para que no lo fuera contando, la damos dinero.
- COL. Ahí tenéis lo que pasa por haber hecho ese pecado...
- BLAS. Eso no. No ir un día á la escuela no es una cosa del otro jueves. Yo no voy nunca y no me pasa nada. Voy al campo y trabajo.
- COL. ¡Como yo hacía!  
BLAS. Y estoy más fuerte y más gordo que éstos.
- COL. ¡Como yo estaba!  
BLAS. Y mientras tenga brazos...  
COL. ¡Lo que yo decía! Mírate en este espejo: "Cuando las barbas del vecino veas pelar, echa las tuyas á remojar."
- BLAS. ¡Bah!  
LUC. Tiene razón el tío Colás; pero, calla, quien viene por aquí, ¡Dios mío!
- ROSA. ¿Qué?

PERI. ¿Quién viene:  
LUC. El alcalde.

### ESCENA VI

DICHOS y el ALCALDE.

ALC. ¡Hola, caporales! ¿Qué novedad es ésta? ¿Se han variado las horas de la escuela? Me extraña que no me haya dicho nada el maestro.

ROSA. Es que nos dijeron... que hoy no había colegio.

ALC. ¿Eso os dijeron? ¿Y á santo de qué? ¡Ah, vamos, ya caigo! Hoy reza el almanaque San Gandul, Santa Embustera y compañeros Holgazanes.

ROSA. Señor alcalde...

ALC. ¿Y qué hace aquí con vosotros el tío Colás? ¿Os está contando cuentos?

COL. No, señor; les estoy diciendo que cuando las barbas del vecino vean pelar...

LUC. Ha llegado el pobre reventado de un viaje inútil. Tiene hambre y nosotros no podemos socorrerle. ¿No le podría ayudar usted que es tan bueno?

ALC. Que os diga él mismo si me he interesado por él; pero como para el trabajo corpòral está inútil y para otro no sirve...

COL. Sí, muchachos; eso es lo que yo os iba á contar cuando ha llegado el señor alcalde. Yo podía estar colocado en algún empleillo modesto en el Ayun-

tamiento ó en alguna fábrica, pero *no sé leer ni escribir.*

ROSA. ¡Ah!

PERI. Ya comprendo lo de las barbas del vecino.

LUC. Y yo también, y Blasillo debe fijarse en ello. El tío Colás no fué nunca á la escuela.

COL. Esa es la verdad. “¿Para qué necesito yo los libros, me decía, para ser un labrador? Mientras sepa trabajar y tenga fuerzas no me hacen falta para nada.” Y así he pasado los años de mi vida sin pensar en que pudiera llegar un día en que el no saber leer ni escribir me impidiera ganarme la vida de otro modo.

ALC. El tío Colás habla como un libro. Hoy día no tiene más amparo que la caridad, y eso es muy triste.

COL. ¡Y tan triste!

ALC. Aprovechad la lección y no perdáis el tiempo. Estudiad, aprended, que nadie sabe la suerte que le espera el día de mañana. Volved á vuestras casas, que yo haré que vuestras familias os perdonen esta escapatoria y no la volvais á hacer. Y usted, tío Colás, véngase conmigo á ver si puedo ayudarle en algo.

COL. No lo olvidéis nunca, zagales. Miraos en este espejo: “Cuando las barbas del vecino...”  
*(Vanse todos con el alcalde y cae el telón.)*

FIN DE LA COMEDIA



ESPAÑOLAS ILUSTRES

## TERESA DE JESUS

Casi al mismo tiempo que Cortés y Pizarro ensanchaban en América los dominios materiales de España; que Sebastián Elcano comprobaba la esfericidad de la tierra; que Núñez de Balboa declaraba para la corona de Castilla el mar del Sur; que las tropas imperiales destruían los ejércitos acampados en el Parque de Pavía; que Pedro Navarro, Hugo de Moncada, Alarcón, Leyva, Andrés Laguna, Miguel Servet y Garcilaso de la Vega con otros muchos se immortalizaban, ora en el arte de la guerra ó ya en el ancho y difícil campo de la ciencia y la literatura, aparecían los gloriosos campeones del mundo espiritual Juan de Avila, Luis de Granada, Luis de León, Pedro Malón de Chaide, Juan de los Angeles, Melchor Cano, Pedro Rivadeneira, Juan de la Cruz y la angelical é infantil Teresa de Jesús, la virgen de Avila. Parecía que la Providencia quería depositar en la raza española todas las grandezas de que es capaz el espíritu y la inteligencia humana, haciendo vivir en nuestra patria, al par que la fuerza que somete á su poder lo transitorio del mundo, la que cultiva y mejora el comercio con Dios; la que enriquece las almas y funda el imperio del amor

Ayuntamiento de Madrid

sobre la tierra. Se nos concedió el genio en todas sus formas y manifestaciones: guerreros que alcanzaron los más resplandecientes laureles; sabios, místicos y santos, cuyo saber y virtud aún irradian sin macilla sobre todos los tristes acontecimientos por que ha atravesado en tiempos posteriores nuestra historia. Y la estrella que más se destaca en el cielo de los didácticos del amor divino es Teresa de Cepeda y Ahumada, nacida en Avila en 1515. Alegre y optimista es el alma de esta singular mujer; para ella, como para fray Luis de Granada, no hay cosa pequeña ni despreciable; antes, todo es bueno, todo es grande y útil para los fines de Dios. Fué su vida un padecimiento continuo, físico y moral, y una dolorosa peregrinación donde, á no tener tan buena alma, tuvo mil ocasiones para desesperar de cuanto existía y la rodeaba. Pero en ella no cabía el odio, sino el perdón y la tolerancia.

En ninguna de sus obras se transparenta tanto que era valiente como el hombre más decidido, graciosa y ocurrente como el más agudo literato y sufrida como el más heroico mártir, como en la colección de sus 400 inimitables *Cartas*. Sigue en mérito el *Castillo espiritual*, en el que describe un viaje del alma por regiones celestes hasta llegar á la suspirada unión con Dios.

No decae su fama de escritora, por la sencillez y tersura de su estilo, en sus libros *Camino de perfección*, *Conceptos del amor de Dios* y *Exclamaciones del alma*, que son continuas impresiones sobrenaturales.

Comprendió Santa Teresa que el regalo y comodidad de las Ordenes religiosas de su tiempo se avenía poco con la intención de sus fundadores y con el sacrificio que en ellas debe dominar, y por ello se manifestó fundadora y reformadora de la del Carmen, costándole tal intento mil sinsabores y amarguras que con firmeza soportó con tal de ver logrado su santo propósito. Para que éste no desapareciera, escribió los excelentes *Libros de fundaciones* y el *Modo de visitar los conventos*. Con ser notables, no fueron su obra maestra; la que literariamente se tiene por la más interesante y atractiva y ha llegado á compararse por la igualdad de fuerza y espontaneidad á las *Confesiones*, de San Agustín, es el *Libro de su vida*, admirable en todos sus pasajes. No le faltaron á la más ilustre de las españolas gentes que la difamaron, coetáneas y modernas, ni envidiosos que pusieron en tela de juicio su pureza, ni personas de influencia que la obstruyeron el camino; todo ello ha servido para hacer más imperecedero su nombre, para hacer patente con luz meridiana la santidad de su vida. La Iglesia la elevó al honor de los altares, en compañía de otros virtuosísimos españoles, y las Cortes de Cádiz, el año 12, la proclamaron compatrona de las Españas, certificando así la admiración que la profesamos los españoles y la alteza de su sin par candor; el mundo entero la dió título jamás concedido á mujer alguna: la llama Mística Doctora.

En el convento de Alba de Tormes descansan sus restos mortales.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.